

EMBARRARSE LOS PIES A CIELO ABIERTO

PROYECTO REMOLINO

Anabella Aparicio



Segura de lo que hacía, Paula agarró la mochila, puso los cuadernos, lápices de colores, la pelota; y arrancó a caminar rumbo al Paso Molino. La esperaban tres compañeros en el viaducto, para empezar la recorrida. Así empezó parte de la travesía que hoy tiene 30 años.

Era 1991, El Abrojo cumplía sus tres jóvenes años, y en aquel entonces era bastante usual ver a niños en situación de calle en zonas comerciales, trabajando como cuidacoches, vendiendo o haciendo otras tareas. Paula Baleato, hoy coordinadora del Programa Infancia de la organización, integraba ese grupo de jóvenes que consideraron que la mejor forma de ayudar a esos pequeños a mejorar su calidad de vida, era acercándose a sus realidades.

Así fue que lograron que los mismos niños los llevaran a sus hogares. El camino los llevó al cantegril ubicado entre las calles Uruguayana y Zufriategui, y al conventillo instalado en la ex fábrica Martínez Reina. Allí habitaban decenas de realidades diferentes que le dieron cara a parte del núcleo duro de la pobreza montevideana.

A éste trabajo se le denominó Proyecto Remolino, fundador de la denominada “pedagogía a cielo abierto”. Esta metodología que nació del ensayo y error, hoy es guía no solo de trabajos que realiza El Abrojo, sino también de políticas sociales implementadas por el gobierno.

“Fue el primer proyecto con financiamiento de la cooperación internacional, vino desde Suiza, de la organización Tierra de Hombres. Al principio éramos cuatro educadores que íbamos al Viaducto y a la casa de los niños. A partir de ahí nosotros fuimos desarrollando distintas estrategias de tra-

bajo que consistían en salir a la calle para ir al encuentro de los chiquilines y hacer actividades recreativas y educativas a nivel comunitario. Se hacían en el mismo cantegril o espacios comunes”, recuerda Baleato.

La idea de ésta metodología es abordar las problemáticas sociales de los niños, sus familias y su entorno desde una visión integral y no sobre una problemática o edad específica. Por eso, también se apostó al trabajo intergeneracional, evitando la separación de la atención por grupos etáreos y apostando a la integración en las actividades recreativas y educativas.

Así fue que nacieron los campeonatos de volley en el Martínez Reina, se construyó un rancho con los vecinos para que los niños no perdieran sus horas de apoyo escolar los días de lluvia, y siempre se encontraba un espacio para tener horas de juegos, algo que hasta entonces, para los niños del cantegril era algo desconocido.

Este grupo de voluntarios se proponía colaborar con la mejora de la calidad de vida de los niños y sus familias. El objetivo era generar otras oportunidades para la gente y brindar otro tipo de vivencias entre adultos y niños.

“Esta primera etapa del proyecto, la experimental, la vemos así años después porque no fue algo que digamos: ‘vamos a hacer el paso uno, el dos y el tres’. Fuimos, nos presentamos a la comunidad, investigamos la zona y tejimos alianzas, pero fue naciendo del trabajo diario”, agrega Baleato.

Por eso es que tampoco hubo un debate sobre por qué empezar por Paso Molino y no otra zona. Luego de iniciado el trabajo, se pudo detectar que era un barrio integrado y con tradición obrera por las fábricas que allí se habían instalado décadas atrás, que convivía con el barrio residencial del Prado y alojaba bolsones de pobreza.

En aquel entonces, no se conocía la figura de “Educador Social” tal como se lo conoce hoy, que integra varias discipli-

nas: psicología, docencia y asistencia social; por lo tanto la llegada de estos jóvenes al cantegril llamaba la atención de los vecinos.

“Trabajamos en el equipo inicial; el ‘Pichu’, Inés Sanz y Gabriel ‘El Pato’ Rossi que en ese momento no estaba recibido de psiquiatra. Pero su participación era re valorada por la gente porque tener un médico prácticamente a domicilio, para ellos era impensado. Como ejemplo, había muchos niños con sífilis y ‘El Pato’ les daba las inyecciones adentro del rancho o en una casa. Algo que para quienes vivían allí era totalmente atípico que un médico entrara a su casa, por esa distancia social que había”, recuerda Baleato.

“Se fue haciendo al andar, y la sorpresa de lo que se generaba en ese encuentro”, acota Adriana Briozzo, integrante del programa.

En aquel entonces tampoco se conocía el significado de “tender redes” entre organizaciones sociales y estatales o comerciales. Pero eso nació de forma natural “a partir de el contacto con la gente y el desarrollo territorial desde la experiencia”, agrega Mónica Zefferino, integrante del Programa Infancia.

Así como los vecinos se sorprendían con la llegada de los educadores, ellos también muchas veces eran sorprendidos por los niños. “Cuando estábamos preparando el proyecto para conseguir financiamiento, hacíamos recorridas nocturnas para ver cuántos niños veíamos. Con ‘El Pato’ íbamos caminando, vimos a un niño chiquito y con distancia empezamos a seguirlo para que no nos viera. Seguimos de atrás por zufriategui y llegamos a las vías, estaba todo oscuro, no se veía nada. Dobló a la izquierda y a la mitad de las vías se da vuelta y de noche nos dice: ‘¿ustedes me están siguiendo?’. Nosotros nos quedamos duros! Era ‘El Mudo’, que después fue un personaje a quien vimos crecer, integraba la familia que vivía en

la habitación 29 de Martínez Reina, él nos llevó hasta ahí y conocimos a la familia”, recuerda entre risas Baleato.

En 1994 hay un quiebre y un nuevo comienzo. La Intendencia de Montevideo resuelve cerrar Martínez Reina y trasladar a sus habitantes para la zona de Casavalle. Mientras que el cantegril de Uruguayana también se cierra y unas 12 familias son trasladadas a una cooperativa de viviendas, mientras que otro tanto van a otro complejo en el barrio Nuevo París. De esta forma es que el Proyecto Remolino se reproduce y de allí nacen tres nuevos planes de trabajo independientes: Cachavache, que acompaña a las familias que fueron trasladadas al barrio Casavalle; Casa Abierta, un inmueble ubicado en Paso Molino que permite a los educadores seguir trabajando en el territorio inicial; y se comenzó a trabajar en un ómnibus itinerante. “Empezaba a cambiar la fisonomía urbana porque aparecían los *shopping* y cambiaba el flujo de dinero en la ciudad, por lo que los niños cambiaban el deambular por la ciudad. Esto nos permitió identificar las zonas y más adelante, ver donde era necesario instalarnos”, agrega Baleato.

También llegó la oportunidad de trabajar en un proyecto que permitiera una primer experiencia pre laboral de jóvenes. Los “Papurros” del barrio Capurro, fueron quienes iniciaron este modelo de inclusión que buscaba generar oportunidades en el mundo del trabajo y de ésta forma, se incluye la veta socio laboral a los proyectos de El Abrojo.

A través de un convenio con el centro comunal, los adolescentes trabajaron en el arreglo de plazas y espacios verdes de la zona. De esta forma aprendían el oficio de la jardinería y la albañilería.

Por otra parte, el programa Cachavache cerró cuando se

terminó el financiamiento internacional pero dió nacimiento a lo que hoy se conoce como Maestros comunitarios. De esta forma, ese trabajo en territorio iba generando su expansión traducida en diferentes planes de trabajo de ayuda comunitaria.

“¿Cómo habría sido si yo hubiera nacido acá (en el cantegril), si yo viviera en éste lugar?”, eso es pensar la igualdad en términos humanos, uno de los pilares de la pedagogía “a medio abierto”. Esta metodología tiene tres puntos que la guían: ser aprendiz a través del intercambio de conocimientos con el otro, la negociación sociocultural y la necesidad de establecer alianzas en vez de ser un solucionador de problemas.

“Era también un tema vivencial, compartir los olores, las aguas servidas, ir a conversar, aguantar las moscas, el olor de la comida, eso a vos te sitúa de otra manera, empatizás de otra manera y te permite entablar una relación que era asimétrica en esto de los orígenes sociales. Cosas que cuando uno lo ve de cerca te ves distinto pero más igual”, explica Baleato.

Esta forma de acercarse a los niños y sus realidades, permitió a los educadores un nivel de confianza y cercanía tal que “ibas a los velorios, cumpleaños de 15, a la casa cuando uno estaba enfermo, eso nos permitía empatizar con el otro. Estaba claro que no íbamos a ser amigos, pero si estábamos para acompañarlos y teníamos la confianza para sugerirles y proponerles por ejemplo, si la hija de una de ellas había dejado la escuela, ver cómo podíamos hacer para que retomara sus estudios”, cuenta Briozzo.

“Pensaban que éramos de la iglesia, nos preguntaban si veníamos de ahí”, agrega sonriendo. Ya que en la década del 90’, eran ellos los únicos que hacían este tipo de tarea.

Hoy son casi 80 personas las que trabajan en el Programa Infancia de El Abrojo. Y como todo crecimiento, tiene sus pro y sus contra.

La efectividad de estas metodologías de trabajo permitieron que pasaran a formar parte de las políticas públicas. Esto permitió que más personas puedan acceder a ellas. Aunque se las encerró en estructuras que a veces no se adaptan a la realidad cambiante de la sociedad moderna.

“Aún hay una segmentación para acceder a ciertos servicios públicos y hay planes que están pensados para el otro y no para mí, rompiendo con lo que mencionamos de la ‘igualdad en términos humanos’”, expresa Baleato.

Ejemplo de esto es que alguno de los talleres y proyectos de trabajo que integraban al niño, adolescente y adulto del cantegril, no se pudo seguir porque al institucionalizarse, la atención se dividió por edades. Por lo tanto además de este aspecto, otra de las contras que tiene la institucionalización es “que impide la innovación, hay una falta de autonomía de las organizaciones a la hora de ejecutar y al profesionalizarse la tarea, está el desafío de pelear contra la deshumanización del trabajo”, explica Baleato.

Hoy la pelea de El Abrojo, ante los cambios tecnológicos y de la sociedad que hacen modificar aquel modelo empleado hace 30 años, es transmitir la matriz de la organización a las nuevas generaciones, conservando el espíritu militante y vocacional que lo guió en sus comienzos. Algo que a veces se ve amenazado por los nuevos modelos de relacionamiento y de trabajo que traen los cambios sociales en todos los sectores de la sociedad, y el voluntariado no escapa a esto.

¿De qué sirvió todo esto?, esa es una pregunta que más de una vez se hicieron las tres educadoras. A veces la realidad desalentó un poco, porque no pudieron evitar que alguno de los niños que vieron crecer hoy esté en el Comcar. O una de las jóvenes haya sido madre soltera a los 14 años. Pero al ver más en detalle las historias de éstas personas, se dan cuenta que en realidad sí dejaron una huella en sus vidas.

“Vemos que hay un cambio en la comunicación. Un nivel de logro en los hijos de aquellos niños que hoy tienen 20 o 30 años y hoy son padres. Vemos que sus hijos hoy están terminando el liceo o la escuela por ejemplo”, expresa Briozzo. “Esas cosas ahora se ven reflejadas en la expectativa que tienen con sus hijos para su futuro y cómo se relacionan con ellos. Por lo tanto, capaz que no pudimos generar un cambio en ellos, porque también faltó la intervención de otra cantidad de políticas sociales, pero por lo menos vemos el efecto en las siguientes generaciones”, agrega Baleato.

Y así como ven éste cambio en las relaciones familiares de estos adultos, reciben mensajes de otros que conservan buenos recuerdos, que les permitieron tener vivencias de niños que sin la aparición de los educadores, quizás nunca habrían tenido. Eso es una marca en la vida de cualquier adulto.

“Ser tratados como personas, eso fue lo que pudimos darles por lo menos un rato”, comenta Zefferino. Por eso el desafío hoy es seguir dejando huella, sin olvidar el verdadero significado del término “cercanía”: colocarse en situación de paridad y tener la disposición personal de intercambiar conocimientos con el otro.

